

propiedades de la luz criada, se esparce por medio de la palabra con una rapidez prodigiosa; ilumina todas las inteligencias en cualquier país y en cualquier siglo que se encuentren; enseña á distinguirlo todo, lo verdadero de lo falso, el bien del mal, lo perfecto de lo imperfecto; colora, embellece y caracteriza todos los objetos de nuestro conocimiento y de nuestro amor. Lo mismo sucede con la luz criada. Estas breves palabras sobre las analogías de la doble luz que ilumina nuestra doble naturaleza bastarán para enseñarnos bajo qué aspecto es preciso estudiar las obras de Dios, y para comprobar las profundas palabras del apóstol san Pablo, de que *el mundo visible no es mas que la expresion del mundo invisible*<sup>1</sup>.

Despues de haber criado la luz, Dios *la separó de las tinieblas*. Esto significa que marcó un órden y una sucesion entre las tinieblas y la luz. Desde este momento se ven el dia y la noche reemplazarse sin perjudicarse; diríase que son dos hijos que se han repartido la herencia paternal y que la disfrutan en comun, sin contiendas, sin usurpacion, rigurosamente encerrados durante tantos siglos en los límites que á cada cual se le asignaron.

#### ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, os doy las gracias por haber criado para mí la luz, y haberme proporcionado con ella tantos gozes. No permitais que abuse jamás de ella para hacer mal, é iluminad al mismo tiempo mi alma con la luz de vuestra verdad, de la cual la que hiere mi vista no es mas que una imperfecta imágen.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *elevare con frecuencia mis miradas al cielo*.

<sup>1</sup> Rom. I.

## LECCION V.

### OBRA DE LOS SEIS DIAS.

Segundo dia. — Creacion del firmamento. — Su extension. — Su color. — Aguas superiores é inferiores. — Aire. — Sus propiedades. — Pesadez. — Invisibilidad. — Su utilidad. — Crepúsculos. — Olores. — Sonido. — Lluvia. — Respiracion.

Dios dijo: *Sea hecho el firmamento en medio de las aguas: y divida aguas de aguas.*

*Y hizo Dios el firmamento, y dividió las aguas que estaban debajo del firmamento, de aquellas que estaban sobre el firmamento. Y fué hecho así.*

*Y llamó Dios al firmamento, cielo*<sup>1</sup>.

El firmamento, ó el cielo, es todo ese espacio que se extiende desde la superficie de la tierra hasta las estrellas fijas y aun mas allá.

La grandeza y el poder de Dios brillan en el cielo con esplendor. Para formarse una idea de la extension del cielo es preciso saber: 1º. Que el sol, que nos parece que ocupa en él tan pequeño espacio, tiene un diámetro igual á ciento doce veces el de la tierra, es decir, de cerca de trescientas treinta y seis mil leguas; su volúmen es como un millon trescientas treinta mil veces mayor que el de nuestro globo, y finalmente, su distancia de la tierra es de treinta y ocho millones de leguas<sup>2</sup>. 2º. Que una bala de cañon, haciendo tres leguas por minuto, necesitaria *ciento veinte y cinco años* para llegar al sol, y mas de *seiscientos mil años* para llegar á la estrella fija mas próxima de nosotros<sup>3</sup>. 3º. Que las estrellas fijas son otros tantos soles que hacen llegar hasta nosotros, no una luz prestada, sino la que les es propia; soles que el Criador ha sembrado en el espacio inconmensurable que se extiende sobre nuestras cabezas. Concibamos por lo que acaba de expresarse cuán poderoso es el que hizo tan grandes cosas con una

<sup>1</sup> Genes. 1, 7, 8.

<sup>2</sup> Desdouits, *Libro de la naturaleza*, t. IV, 6.

<sup>3</sup> Sea cualquiera el instrumento de que hagamos uso, las estrellas, especialmente las fijas, nos parecen siempre tan pequeñas como antes, lo cual demuestra la prodigiosa distancia que de ellas nos separa. Si un habitante de nuestro globo pudiera, elevándose por el aire, llegar á la altura de setenta y ocho millones de leguas, estas masas de fuego le parecerian aun no mas que puntos luminosos. Por increíble que esto nos parezca, es un hecho de que somos testigos todos los años. En el 10 de diciembre nos hallamos mas de setenta y ocho millones de leguas mas cerca de las estrellas que adornan la parte septentrional del cielo, que no lo estamos el 10 de junio, y á pesar de esto, no advertimos en estas estrellas ningun aumento de volúmen. (Desdouits, *Libro de la naturaleza*, t. IV, 215.)

sola palabra. ¡Y este es el mismo Dios que por amor hácia nosotros se hizo hombre, y se nos da en la Comunión bajo las apariencias del pan!

Si podemos ver las estrellas fijas desde la espantosa distancia en que se hallan respecto de nosotros, solo es tal vez porque igualan al sol en grosor, y su disminucion es la señal de su prodigioso alejamiento y no de su pequeñez. Son por consiguiente otros tantos soles que han sido apartados de nosotros para preservarnos de su fuego sin privarnos del goce de su luz. Además, si esa blancura que llamamos *via láctea* es, segun manifiesta el telescopio, una vasta aglomeracion de estrellas ó de soles mas lejanos aun, la mano de Dios arrojó, pues, los mundos á lo largo de esta via con tanta abundancia como los granos de arena sobre la orilla del mar. Todas esas esferas enormes que tan diversamente giran sobre nuestras cabezas son máquinas terribles cuyo menor choque bastaria para hacer pedazos nuestro globo; pero la misma mano que las ha suspendido en el espacio ha trazado su camino; un cálculo infalible ha arreglado todos los grados de su peso y su velocidad, y ningun obstáculo imprevisto, ninguna fuerza extraña entorpece su curso.

¿Qué es en medio de esta inmensidad el pedazo de tierra que habitamos? ¿Qué son en comparacion de esos mundos las provincias y los reinos? Átomos que revolotean por el aire y que solo se ven á los rayos del sol. ¿Y qué soy yo en medio de todo esto? ¡Ah! cuál me pierdo en mi propia nada! Sin embargo ¡oh abismo de verdades! Dios hizo para nosotros tan magníficas obras<sup>1</sup>. La excelencia de los seres que Dios ha criado no se mide con toesa; el hombre ha recibido una inteligencia, una voluntad, un alma; á este pequeño ser comunica Dios el conocimiento de sus obras, mientras se lo rehusa al mismo sol, destinando para el hombre el uso y provecho del rico aparato de los cielos, y es la única de todas las criaturas visibles á quien Dios invita á ensalzarle. ¡Qué dignidad, qué grandeza tener un Padre que cubre para nosotros la tierra de toda clase de bienes, y se digna poner el cielo mismo á nuestro servicio! ¡Cuánto reconocimiento debemos á un Dios que nos trata con tanta distincion!

Si hubiéramos de juzgar simplemente por nuestros sentidos, podria creerse que hay sobre nosotros una gran bóveda pintada de azul, y

<sup>1</sup> «La única razon, decia el célebre Huyghens, que obliga á creer que hay en » los planetas un *animal racional*, es que sin esto nuestra tierra tendria demasiadas » ventajas, y fuera muy elevada en dignidad sobre el resto de los planetas. » ¿No es una razon singular esta *única razon*? « La opinion de que el universo se hizo para » el hombre, dice el vizconde de Bonald, en nada debe asombrar á una elevada » filosofia, que nos enseña que el universo material no es mas que el menor de los » dones que el Criador ha hecho al hombre. » Cuando se piensa que el Criador de todos los mundos se ha dado á sí propio al hombre, ¿por qué negarse á admitir que le haya dado sus criaturas? La obra ¿vale acaso mas que su artifice?

tomar las estrellas por pequeños agujeros brillantes abiertos en ella. Acabamos de ver que esta pequeñez aparente de las estrellas es debida á su prodigiosa distancia. El color azul del firmamento procede: 1º. de que la atmósfera, ó esa masa de aire que nos rodea, no es enteramente transparente, y 2º. de que la atmósfera está siempre cargada de una gran capa de aguas ligeras que reflejan en union con el aire los rayos del sol. El color azulado es natural del agua, ya sea densa, ya rarificada, especialmente cuando es considerable su volumen. La atmósfera debe ser, pues, de color azul, y este color es mas ó menos claro en proporcion de los rayos que lo penetran. Dios formó con la mezcla de este aire y de estas aguas ligeras el color de esa bóveda esplendente que por todas partes alegra la vista del hombre, y que es el gracioso artesonado de su palacio. Semejante maravilla exige de nosotros mas que admiracion, porque es la prueba completa de que somos el objeto de la mas tierna complacencia del Criador.

Efectivamente, Dios hubiera podido oscurecer ó ennegrecer la bóveda celeste, pero el negro es un color lúgubre que hubiera entristecido toda la naturaleza; tampoco le convenian el rojo y el blanco; el amarillo está reservado para la aurora; á mas de que, una bóveda entera de este color no se hubiera destacado bastante de los astros que en ella debian verse girar; y el verde hubiera producido en verdad todo el relieve necesario, mas es el amable color con que Dios ha adornado nuestra morada, es la alfombra que ha extendido bajo nuestros piés. El azul, sin ser triste ni áspero, tiene además el mérito de resaltar sobre el color de los astros y realzarlos á todos; por esta razon lo eligió con preferencia el Criador.

¡Qué terrible es el aspecto del cielo cuando se nos muestra cubierto de nubes tempestuosas! Pero ¡qué belleza, qué sencillez en su color cuando está sereno! Los aposentos de los reyes, que ha adornado el pincel de los mas hábiles pintores, nada son cuando se les compara con la majestuosa sencillez de la bóveda celeste. Y ¿quién ha dado al cielo ese color, quién lo ha adornado tan ricamente?

Por una atencion verdaderamente paternal el cielo no conserva siempre un tinte uniforme; y por el contrario, su color toma diferente matiz varias veces al dia. Por la mañana blanquean poco á poco el horizonte suaves resplandores y palidece el azul del cielo, con el objeto de preparar nuestros ojos á sostener el brillo del dia; y cuando llega la tarde, el sol no nos retira instantáneamente su luz, pues nos disponen á las tinieblas de la noche resplandores tan suaves como los de la mañana. Seria muy incómodo pasar de un golpe de la claridad completa á una oscuridad profunda: una transicion tan súbita de la luz á las tinieblas dañaria los órganos de nuestra vista y podria destruirlos. Muchos viajeros, sorprendidos por una noche repentina, se extraviarian, y la mayor parte de las aves estarian expuestas á pere-

cer. ¡Gracias, gracias, ó Padre celestial, por haber precavido todos estos inconvenientes!

Después de haber extendido el cielo como un magnífico pabellón, Dios quiso que este cielo ó firmamento estuviera en medio de las aguas, de modo que hubiese aguas superiores y aguas inferiores á dicho firmamento. Dios hizo evaporar la mayor parte de estas aguas inmensas que envolvían la tierra, y las redujo á átomos tan imperceptibles, que no componiendo ya una masa y adquiriendo un movimiento rapidísimo, se elevaron tanto que quedó un grandísimo intervalo entre ellas y las que siguieron cubriendo la tierra. Como este intervalo formaba parte del cielo ó del firmamento, y merecía llevar su nombre, el firmamento fué entonces la separación de las aguas, y se encontró en medio de las que habían sido elevadas y de las que no lo habían sido. Así pues, tenemos sobre nuestras cabezas y más allá del firmamento una inmensa cantidad de aguas, un formidable océano sostenido por la sola mano del Omnipotente<sup>1</sup>. Siendo estas aguas dañosas ó inútiles aquí abajo, son saludables en otra parte. Serían de importante uso cuando no tuvieran otro efecto que el de recordarnos perpetuamente que han cedido el puesto á hombres que deben ser justos é inocentes, y recordarian además á los primeros habitantes de la tierra que estaban prontas á volver á su antigua morada para castigar la ingratitude y la irreligión.

Dios les dió conocimiento, indudablemente para este doble designio, de la separación de las aguas, de las cuales unas están suspendidas sobre nuestras cabezas, y otras contenidas tan solo por los límites que ha prescrito su mano. Cuando la impenitencia de los hombres le indujo á arrepentirse él mismo de haberles dado la vida, volvió las cosas á su primer estado, y rompiendo los diques que había opuesto al mar, y no contentándose con verter torrentes de lluvia, abrió las esclusas que servían de barrera y de separación á las aguas superiores, y la tierra fué nuevamente abismada y enteramente envuelta en las aguas como en el día de su nacimiento. De este modo se verificó el diluvio. *Se rompieron todas las fuentes del grande abismo, dice la Escritura, y se abrieron las cataratas del cielo*<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Comprendemos bajo el nombre de cielo, ó firmamento, no solamente la materia etérea y los cuerpos celestes por él diseminados, sino también la atmósfera, que, según Moisés, está destinada á separar las aguas de las aguas. Por lo demás, según las ideas de este gran legislador, no se trata en modo alguno en esto de un mar encorvado en forma de bóveda en rededor de la tierra, sino del agua en su estado gaseoso que el aire separa del agua en su forma líquida ó concreta, separación que es ciertamente muy real. (*Cosmogonia*, página 64.)

<sup>2</sup> Genes. vii, 11. — Varios sabios pretenden que estas aguas superiores alimentan ciertos ríos, como el Nilo y el Niger, cuyo origen no puede encontrarse, y cuyos desbordamientos son enteramente inexplicables á los físicos de nuestros días. Así es como nos explica la antigua física, fundada en el relato de Moisés, y de un

Una parte de esta inmensa cantidad de aguas que envolvían la tierra quedó debajo del firmamento, y compone nuestros mares, ríos y lagos, formando lo que se llaman aguas inferiores, de que hablaremos en el *día tercero*.

Digamos algunas palabras más sobre el espacio que se extiende desde la tierra al cielo, el cual está lleno hasta una grande altura de una materia fluida, pesada y elástica que se llama *aire*. Toda la masa de aire que rodea la tierra y le sirve como de vestido se llama *atmósfera*.

Debemos saber que la fuerza con que esta columna de aire pesa sobre cada superficie de un pie cuadrado es de dos mil libras; de modo que un hombre de estatura ordinaria sostiene realmente sobre su cabeza un peso de *veinte y una mil libras*. ¿Cómo podemos resistirlo? Esta idea parece capaz de llenarnos de confusión; pero la inquietud que causa desde luego se trueca en admiración cuando se sabe que este poco de aire que existe en nuestro cuerpo y que incesantemente nos rodea es bastante para sostener el equilibrio con el enorme peso que sobre nosotros gravita y que por todas partes nos rodea. Estas dos acciones se destruyen entre sí, ó más bien no se sienten, porque están balanceadas. Pero no dejan de existir realmente, como nos lo demuestra el experimento siguiente: Cuando se extrae el aire que hay en el cuerpo de un animal, este se aplasta bajo el peso del aire exterior y muere en el acto; mas cuando se extrae por el contrario el aire existente en torno del animal, como se verifica con la máquina neumática, el aire interior se dilata en extremo é hincha al animal, causando por consiguiente la muerte.

Así pues, ese poco de aire que encierra nuestro cuerpo es capaz de suspender y balancear un peso de más de veinte y una mil libras, y obra por lo mismo con una fuerza igual á este peso. Hé aquí la primera maravilla. Veamos la segunda. Este mismo aire que encierran nuestros pulmones y que sostiene un peso de veinte y una mil libras, hace un esfuerzo igual para dilatarse, y desunir y romper con violencia de este modo todo el conjunto de nuestro cuerpo, tendencia terrible que contrapesa el aire que nos rodea. La igualdad de estas fuerzas temibles y mortíferas constituye únicamente toda nuestra seguridad, pues perecemos si llega á romperse el equilibrio. Pero no; la mano que crió estas fuerzas prodigiosas para poner en acción toda la naturaleza, las balancea con precaución, y modera á cada instante el ímpetu de la una con la resistencia de la otra.

Me preguntaréis quizás por qué no puede percibirse el aire que de cerca nos envuelve y obra sobre nosotros con tanta fuerza. La res-

modo muy razonable, un fenómeno sobre el cual la ciencia moderna, á pesar de todos sus progresos, nos declara que *nada razonable puede decirnos*. (Véase *Moisés y los geólogos*, pág. 83.)

puesta que voy á daros nos da una nueva prueba de una Providencia que atiende á todas nuestras necesidades. Si el aire fuera visible, no distinguiríamos con claridad los objetos, y teniendo cada partícula de aire bastante extension para reflejar la luz, solo veríamos lo que nos rodea como al través de los rayos de luz que pasan por una cámara oscura y son reflejados por el polvo que en ella revolotea. Al hacer Dios el aire invisible, no se ha contentado con descubrirnos con mas claridad la parte exterior de sus obras, sino que oculta á nuestros ojos todo lo que nos interesa que no veamos.

Efectivamente, si el aire fuera visible, lo serian mas aun los vapores, y la mas sutil neblina desfiguraria el rico cuadro del universo. La misma vida se trocaria en una continua pena é inquietud, pues veríamos por todas partes lo que la perpetua transpiracion arroja de los cuerpos de los animales, y lo que se exhala de las cocinas, de las calles y de todos los sitios habitados, lo cual haria la sociedad insoporable. No obstante, como las exhalaciones que cesan de ser nocivas cuando se dispersan podrian no siendo vistas sofocarnos ó dañarnos, Dios nos advierte el peligro por medio de los olores, y nos libra de ellas con el sople de los vientos.

Pero á pesar de la sutileza que diera á las partículas del aire para hacerlas invisibles, nuestro Padre celestial les dió al mismo tiempo suficiente solidez para formar una masa capaz de modificar ó inclinar los rayos de luz cuando penetran oblicuamente, y á esto debemos los *crepúsculos* que tan inmensas ventajas acarrear al género humano.

Quando el sol desaparece del horizonte, debiéramos quedar totalmente privados de luz y vernos envueltos repentinamente en la noche mas tenebrosa. No sucede así sin embargo: y vemos aun la luz durante una hora y á veces mucho tiempo despues de ocultarse el sol, lo cual constituye el crepúsculo de la tarde. Otro crepúsculo de tan larga duracion precede á la aparicion del sol en el horizonte. Somos deudores de este útil aumento del día al modo con que Dios ha construido el cuerpo del aire, pues ha puesto tal proporcion entre este aire y la luz que en él penetra, que cuando lo cruza perpendicularmente, nada cambia su direccion; pero cuando un rayo entra oblicuamente ó de lado en el aire, en vez de atravesarlo de parte á parte, se tuerce y baja un poco.

De modo que cuando el sol se aproxima á nuestro horizonte, varios de estos rayos que pasan por encima de nosotros y no son enviados en direccion nuestra, encontrando la masa de aire que nos rodea, se inclinan en esta masa, se tuercen hácia la tierra y llegan á nuestros ojos, de suerte que vemos la luz mucho tiempo antes de aparecer enteramente el astro que los envia, y por la tarde disfrutamos aun de una parte de su luz aunque haya desaparecido. Finalmente, cuando

el sol ha descendido hasta cierta profundidad debajo de nuestro horizonte, el aire cesa de servirnos refractando sus rayos é inclinándolos hácia nosotros. Entonces es cuando las densas tinieblas avisan al hombre que debe dar fin á su trabajo; y si la luna y las estrellas velan aun por él proporcionándole el auxilio de sus antorchas, su resplandor es tan suave que no llega á turbar su descanso.

El aire produce además efectos mas maravillosos todavía: es un mensajero que nos trae de todas partes y de muy lejos avisos tan ciertos como prontos de todo cuanto puede interesarnos ya por bien, ya por mal; es el vehículo de los olores, los cuales transmite hasta nosotros para informarnos de la mala ó buena cualidad de los manjares, y así como nos anuncia por medio de sensaciones delicadas y lisonjeras lo que es de índole bienhechora y conveniente á nuestro uso, no es menos fiel en afligirnos á propósito cuando es preciso huir de un veneno, de un sitio pantanoso y de una morada infecta é insalubre.

Y no solo es para nosotros el aire un fiel avisador por la diversidad de olores que nos trae, sino que desempeña además el mismo cargo con los diferentes sonidos con que nos hiere, sonidos que pueden considerarse como otros tantos correos que á cada instante nos envia para decirnos lo que acontece con frecuencia á distancias considerables, y de cuyos avisos podemos aprovecharnos.

Ni es esto todo; nos advierte además de lo que pasa en el espíritu de los otros. Me ocupan diferentes pensamientos, de que yo solamente tengo conocimiento y que no son visibles: ¿cómo podré comunicarlos al que me hace el honor de escucharme? Formo con los movimientos de mi lengua y de mis labios algunas palabras cuyas diferentes articulaciones son los signos de ciertos pensamientos, y por este medio los que oyen el ruido con que mis labios han herido el aire se enteran de cuanto tengo en mi alma, ocupándose ellos de los mismos pensamientos y sintiendo iguales sentimientos su corazón. El aire es, pues, por decirlo así, el intérprete del género humano y el lazo de las almas. ¿Qué mayor maravilla que el nacimiento de la palabra en el entendimiento, y en su encarnacion en lo exterior y en el espíritu de los oyentes?

No solamente une á los que están al alcance de comunicar sus pensamientos con la palabra, sino que hasta pone en correspondencia á los que viven separados por grandes distancias. Los habitantes de una ciudad no pueden ver lo que pasa fuera de las murallas que los albergan, y los que saben que el enemigo ataca una de sus puertas no pueden con el simple recurso de la voz hacer saber con prontitud sus necesidades al extremo opuesto de la ciudad. Pero el aire acude en su auxilio; el centinela que vió aparecer á lo lejos al enemigo, da algunos golpes sobre una campana, y en un *segundo*, es decir, durante

la sexagésima parte de un minuto, el aire ha llevado ya el sonido de la campana á *mil ochenta piés* ó á *ciento ochenta toesas* de distancia en derredor de la torre. En el *segundo siguiente* el sonido se halla á *otras ciento ochenta toesas*; la noticia del peligro recorre toda la ciudad en menos de la octava parte de un minuto; todos corren al momento á las armas, el enemigo es rechazado, y al aire es á quien se debe la victoria.

El aire es, pues, el mensajero mas pronto dispuesto á partir y el mas diligente de que podemos disponer. Pero si nos asombra por la vigilancia y celeridad de su marcha, ¿qué dirémos de la fidelidad con que comunica lo que se le confiara? Sin ninguna confusion distribuye en torno la armonía de un concierto; nos transmite sin engañarnos toda la precision de la medida, toda la ligereza de las cadencias, las menores inflexiones de la voz, una cuarta parte de tono, la mas leve graduacion de tono; comprende vivamente todos los caracteres; estalla, truena, un momento despues se apaga, tiembla, solloza, y se reanima en seguida para tomar sucesivamente un ademán altivo y arrebatado ó un aspecto suave y gracioso; y penetra tan vivamente todas las pasiones cuyos transportes imita la música, que comunica á los oyentes los mismos movimientos. ¡Cuál no será nuestro abuso si nos servimos alguna vez de este precioso mensajero para transmitir palabras de maledicencia ó de inmodestia! ¡Ah! que no comunique nunca mas que los acentos de la oracion y de la caridad!

Entre las manos del Padre celestial el aire toma todas las formas, y varía sus funciones para servir á nuestras súplicas y nuestras necesidades. El mar contiene el agua, que es uno de los principios esenciales de la fecundidad de la tierra, y por consiguiente una de las condiciones necesarias de nuestra existencia. Pero es preciso sacarla de su vasto receptáculo y esparcirla por todas partes. El aire está encargado de este cuidado, y, á semejanza de una bomba, eleva las aguas y las distribuye, segun el mandato del Criador, sobre toda la superficie de la tierra. Algunas veces se agita este celoso servidor, y tomando entonces el nombre de viento, sopla con violencia, y barre y purifica nuestras moradas. Á no ser por él, las ciudades populosas se convertirian muy pronto en inmensas cloacas. Nos refresca además y nos calienta sucesivamente, acompañando siempre á su servicio un bienestar perfecto, pues nunca se percibe cómo transporta todo lo que puede ensuciar ó infectar. Pero nos parecemos á esos amos extraños y desdenosos que nunca conocen el mérito de sus criados y solo ven sus defectos, pues ni una sola vez habrémos reparado quizás en el servicio asiduo que los vientos nos han prestado mil veces, y el menor soplo del viento ha sido bastante para ofender nuestra delicadeza.

Finalmente, el mayor beneficio del aire es el hacernos vivir, entrando en nuestros pulmones, y permaneciendo en ellos el tiempo necesario para dar fuerza y movimiento á nuestros órganos. Cuando ha perdido su resorte, nos abandona, y un aire nuevo le reemplaza y perpetúa nuestra vida. Imágen perfecta de la oracion que incesantemente debe aspirar Dios en nosotros y elevarnos á Dios.

ORACION.

Dios mio que sois todo amor, os doy las gracias por haber puesto todas las criaturas en mi servicio. Ese cielo donde pareceis tan grande, y ese aire donde os mostrais tan admirable, son beneficios de vuestra mano paternal. Concededme la gracia de que me valga siempre de ellos en gloria vuestra y para mi salvacion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, obedeceré con prontitud á todos mis superiores.